

Tolerar el Futuro: Utopías y Proyectos Políticos

Omar Ovalles

Omar Ovalles: Geógrafo venezolano. Profesor del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la Universidad Central de Venezuela. Asesor de la Comisión de Ambiente del Congreso Nacional. Participa actualmente en un proyecto de investigación sobre calidad de vida en grandes ciudades denominado Ecoville, en el que intervienen la Universidad de Toronto, el Colegio de México, el Centro Ciudad de Quito, el Centro Habitat de Bogotá, el CEDEC de Sao Paulo y la Universidad Católica de Chile.

Calidad de vida significa ante todo las necesidades del hombre, pero concebido en sociedad y en íntima relación con su ambiente, porque nunca ha dejado de ser un ser biológico.

Mejorar la calidad de vida significa considerar la opinión de los hombres organizados o no, porque hay múltiples vías, formas, etc. para lograrlo.

Por estas razones un proyecto político alternativo debe dar respuesta a infinitud de situaciones y exigencias de las minorías y mayorías activas de cada sociedad que se pretende transformar.

Debe, además, tener una carga emocional tal que movilice las multitudes para el cambio porque no sólo lo racional es la vía para conocer y transformar la realidad.

Para un proyecto político es vital, entonces, cargarse de utopía, pero no de su condición totalitaria, sino de su capacidad de soñar, de tolerar y de reinventar el futuro.

Escribir sobre calidad de vida nos obliga a plantear una definición de hombre. Ya no podemos seguir utilizando las enormes listas de necesidades sociales y económicas, sino que, el propio término calidad de vida nos conduce a concebir a un hombre social vinculado a su ambiente como un todo orgánico.

Por lo tanto, la contaminación, la frondosidad de los bosques, la pureza del agua, etc. son elementos a considerar, ya que directamente, a través de los ciclos de energía y de materia, están íntimamente conectados con las condiciones de bienestar del hombre. Sin embargo, calidad de vida del hombre es algo más que la calidad

de su ambiente, y de él como parte integrante. La calidad de vida tiene que ver también con la condición social y con las relaciones con los demás hombres. La libertad cultural, religiosa, política, etc., son también componentes de este concepto.

Esto último obliga, finalmente, a considerar otro elemento. La calidad de vida no puede definirse per se, sino que está referida a lo que los hombres organizados o no consideran como calidad. La percepción de su situación real, sus expectativas, sueños y deseos son pues otros componentes de este complejo término.

Mejorar la calidad de vida no es: ni más ni mejores viviendas, ni más ni mejores escuelas, ni más ni mejores salarios, ni más ni mejores áreas verdes. Es ante todo garantizar el derecho imprescriptible de cada comunidad de definir su destino. Concebimos el desarrollo en términos de autonomía y no de crecimiento.

Por estas razones los verdaderos proyectos políticos para mejorar la calidad de vida deben ser por sobre todas las cosas tolerantes. Deben permitir aceptar las diversas modalidades, variaciones, intensidades, formas, con que los diferentes hombres - asociados o no - resuelven o quieren resolver sus problemas de vivienda, educación, salud, alimentación, empleo, ocio, relaciones interpersonales, gestión política, acceso a los hechos culturales, etc.

No hace falta dar más "cucharadas del mismo remedio", sino repensar las vías para que en un proyecto político puedan coexistir las diferencias que existen por sexo, edad, lugar de habitación, hábitos culturales, inquietud personal o grupal. A la par de que se eliminen las diferencias actuales de acceso a la base material de la riqueza.

En este orden de ideas, los grupos de vecinos (o pobladores), los ecologistas, los nuevos sindicatos, el movimiento cultural alternativo, las feministas, los grupos religiosos de base, las minorías étnicas, el movimiento de "vuelta al campo", los profesionales críticos, las cooperativas de producción y consumo, etc. que día a día nacen en nuestras ciudades y campos, parecen estar buscando una utopía compartida, una especie de nuevo proyecto político de cambio hacia una sociedad diferente, que incluso vaya más allá del socialismo.

Tomar en cuenta la calidad de vida para los proyectos políticos nos lleva necesariamente a replantear el estilo, el contenido, las formas y las vías de creación, promoción e implantación de la acción política en nuestras sociedades, para sobre todo cargarla de esa emoción, esa ilusión tan común en nuestras utopías, en nuestro

"pensamiento real maravilloso" que describen Carpentier, García Márquez y tantos otros.

CUANDO LOS UTÓPICOS COMIENZAN A HACER CAMBIOS

A la definición de utopía siempre se le ha dado una sola acepción, es decir se destaca lo que no puede ser (outopía = sin lugar); sin embargo, el término encierra otra acepción que no podemos olvidar: "Lo que soñamos" (eutopía - lugar agradable).

Un proyecto "político utópico" no es más que aquel que hoy no tiene lugar, por el simple hecho de que hay fuerzas políticas que no quieren que exista y por lo tanto, le recalcan a los que lo desean su condición de imposibilidad, la cual es, en política, algo muy relativo.

Mucho se ha discutido sobre el carácter totalitario de las utopías, sin embargo, recientemente ha empezado a surgir una manera diferente de analizarlas y concebirlas, ante la actual crisis de los proyectos políticos convencionales, y más aún de la ciencia y la tecnología como garantizadora de un "futuro feliz". Se reivindica el planteamiento utópico, destacando otras de sus facetas e incluso poniendo en duda su condición sine qua non totalitaria. Contra estas razones encontramos diversas opiniones: por ejemplo, Lander¹ señala que "el pensamiento utópico tradicional cuando busca el perfeccionamiento, está subyugando unos valores sobre los otros, es la pretensión racionalista de resolver en lo teórico toda la sociedad y tensiones humanas desde algún punto central de orden", es decir, la unanimidad social necesaria para que la utopía funcione, conduce al totalitarismo en el cual el individuo debe renunciar a su especificidad y se debe dar por entero a la sociedad deseada. Este sería el caso de las utopías negras.

Otro autor opina de otra manera, las ve como "fuerzas de transformación del orden social que hacen caso omiso de la imperfectibilidad del hombre y las condiciones sociales existentes para el momento en que se gestan" ². De la misma manera, Mannheim le da a la utopía un papel diferente: "consideramos como utópico todas las ideas situacionalmente trascendentes y no sólo las proyecciones de los deseos que de una u otra manera tienen un efecto transformador sobre el orden histórico social existente". Se rescata asimismo cierta condición antiautoritaria "en su ámbito las comunidades (utópicas) eligen a sus magistrados y existe la posibilidad de depone al gobernante si éste incurre en actos de tiranía"³.

¹Lander, E.: Ciencia, Utopía y Progreso, Cendes-Ateneo, 1983.

²De Venenzi: Utopía, Ciencia y la Imaginación Sociológica, Cendes-Ateneo, 1983.

³De Venenzi: op. cit.

Hoy en día, cuando el progreso científico técnico se "detiene", cuando puede crear más problemas que las soluciones que pretende encontrar, no hará falta repensar la sociedad en términos no tecnocráticos ni especializados, rescatando esa visión multidimensional del pensamiento utópico que daba soluciones coherentes entre sí (válidas o no) a todos los aspectos de la calidad de la vida y cargando a nuestra ciencia política de ese contenido moral, emocional e imaginativo que tanta falta le hace. Hoy se acepta como viable la "utopía" de los actuales proyectos políticos de desarrollo, a pesar de sus problemas evidentes. Se cuestionan los proyectos políticos que insurgen contra él, e incluso se pretende suplantar por un proyecto político racional y científico de cambio que a veces nos conduce "al Gulag o a Granada". El proyecto político que hace falta no sólo debe tener un componente nostálgico de vuelta atrás, si no de usar lo mejor de la actual civilización. Trata de encontrar "el buen salvaje" de Rousseau, pero también destaca la imposibilidad de llegar a ese estado en forma autoritaria; por eso plantea un nuevo "proyecto cultural", pero que no saldrá de dos o tres utopistas sino de cada individuo o comunidades que buscan salvarse a sí mismas.

A este nivel es útil rescatar la metáfora usada por Jacques Attali en el coloquio de Figline-Valdarno:

"Tengo la impresión de que la sociedad puede describirse como una inmensa tropa humana que atraviesa una casa y poco a poco se separa de la tropa alguno que encuentra las Uaves para abrir las puertas que se suceden. . ."

"Desde hace siglos los que abren las puertas son los científicos, desde hace siglos el que acompaña a los que abren las puertas es el filósofo. Hoy nos encontramos ante una puerta cerrada. Ni siquiera sabemos si esta puerta tiene cerraduras y el filósofo se ha convertido en el chanfre de la anticencia. . . Creo que no hago más que manifestar la impaciencia ante una tropa humana que permanece delante de una puerta cerrada, observándola y descubriéndola pero sin buscar la llave. . ."

"Ahora es preciso pasar de la descripción de la problemática a encontrar las llaves. . . ¿Por qué? Porque ahora estamos en una sociedad en la que es el conjunto de hombres quien se encuentra frente a la puerta, y no solamente una élite; y las llaves deben ser conceptos simples, conceptos dominables que puedan guiar la acción de todos. . ." ⁴.

⁴El Mito del Desarrollo, Kairos, 1974.

Ese nuevo "proyecto cultural" saldría del calor de estas búsquedas parciales, pero no deberá ser más una utopía impuesta a la fuerza.

Ya tiene puntos en común como: la necesidad de humanizar las relaciones humanas, disminuir la enajenación frente a los objetos, reducir el papel del Estado y su control sutil o totalitario, fomentar el poder de base, rehacer los procesos de trabajo y ocio creativo, respetar y tolerar las "desviaciones", armonizarse con la naturaleza, etc.

La forma de lograrla es diversa; control del Estado, creación de parcelas de autonomía, o ambas vías; pero lo que sí se destaca es la necesidad de ir construyendo aquí y ahora, con un saber más práctico que especulativo, más radical que adaptacionista. Esta utopía reivindica su carácter, es decir, plantea ideas que son deseables y que hoy no tienen lugar sólo por la inexistencia de fuerzas sociales dispuestas a llevarlas a cabo, y por la oposición de todo un pensamiento que continuamente remacha una imposibilidad, no demostrada, ni demostrable, de alcanzarlas.

ES MÁS UTÓPICO PENSAR QUE PODEMOS SEGUIR POR EL MISMO CAMINO

Por estas razones, si un proyecto político asume para sí la mejoría y/o el cambio de la calidad de vida, debe aumentar su carga utópica. Las utopías no como formulaciones abstractas, sino imágenes muy coherentemente planteadas de la sociedad deseada, con estructuras, procesos esenciales y una suma de detalles, muchas veces irrelevantes, que haciendo caso omiso de las condiciones reales en que se gestan, o del grado de viabilidad de los cambios, plantean un todo orgánico que se le presenta, no a la razón, sino al corazón de los hombres.

La llegada del desarrollo industrial produjo el caos urbano, crecimiento exagerado de las ciudades, déficit de servicios, nuevas instituciones, nuevas actividades y sectores sociales en estado de permanente conflicto. El orden de la ciudad precedente se altera, la ciudad se vuelve algo extraña a los ciudadanos y se produce la fuerte crítica, el cuestionamiento violento que se patentiza, por ejemplo, en las atroces descripciones sobre la calidad de vida en ciudades como México, Quito, Sao Paulo, Bogotá y Caracas ⁵. Los medios de producción, sus sistemas de propiedad, los medios de transporte y su infraestructura física sufren una gran transformación, impactan la ciudad colonial y crean una nueva ciudad que no es bien recibida por todos.

⁵Ver proyecto Ecoville. University of Toronto, Canadá. Varios autores.

Pero frente a esto, está el urbanismo de pequeña escala, en donde la ciudad pierde rigidez, es diseñada en función de las necesidades humanas, pero de un hombre no standard, sino individual y comunitario a la vez, el cual además de ser signatario del proyecto, tiene un derecho de especificidad que debe ser respetado.

Estos "proyectos culturales" plantean la necesidad de revivir un estado ideal orgánico, y para ello no se plantean determinaciones o diseños espaciales pero sí, ciertas condiciones que anticipan la imagen deseada: una ciudad flexible, unida a la naturaleza, comunitaria, pequeña, descentralizada, - no geométrica, nostálgica, que recobre "la bella totalidad perdida" de Hegel y sea un imperceptible continuum con el campo. Esta ciudad se opone a la ciudad materialista, mecánica, indiferente, individualmente colectiva y de poca calidad e incluso de ciudad inexistente para el momento. Sin embargo, el autoritarismo puede colarse "por la puerta de atrás". Y el antiindustrialismo, la detención del crecimiento demográfico, el respeto a la tradición histórica e incluso el respeto a la ecología y a las minorías e individualidades puede lograrse con alguna forma de coacción. Este es un riesgo permanente.

La población de América Latina, un continente de campesinos, es paradójicamente urbana y urbanismo es utopía; el arquitecto ha sido catalogado como el "mago" del sistema, que para bien o para mal, dibuja en sus coloreados mapas imágenes de ciudades bellas y futuras. Todo el pensamiento utópico influyó en el urbanismo, dio pie epistemológicamente y cognoscitivamente a la escuela de Le Corbusier y de Wright, que tanto influye hoy en la construcción de nuestras ciudades. Destacaremos a continuación, no tanto a Le Corbusier, sino a la escuela norteamericana de esos extraños "urbanistas antiurbanos". Para ellos, Waldo, Emerson, Thoreau, Walden, Adams, James y F.L. Wright, no era posible sustraerse a la ciudad industrial y reencontrarse con la naturaleza sino mediante la realización de la democracia, usando la metafísica de la ecología y el respeto más íntimo de las relaciones interpersonales.

Los suburbios de nuestras ciudades son en cierta forma reflejo de esto, comunidades políticas activas, áreas verdes, actividades culturales, vivienda industrial personalizada, espacio, exigencias de democratización política, servicios públicos compartidos que contrastan con los "urbios", con el orden rígido del centro de la ciudad o de las áreas marginales, con hacinamiento, manipulación política y falta de organización social.

Por eso es que ahora resulta absurdo seguir queriendo hacer de la utopía un ideal social redactado, dogmatizado, formalizado para ser propagado por una élite; "la

política no puede ser religión". El carácter muchas veces vago de algunos de sus elementos no da pie al dogma y en este caso se parecen mucho a los sueños, en los cuales ciertos detalles se ven muy nítidos y en cambio cosas fundamentales apenas se vislumbran. No se trata de que pretendan ser, como dice Servier⁶ "religiones del hombre para ahorrarle las angustias de la meditación sobre el sentido de su aventura terrestre y ofreciéndole su finalidad como meta de toda su vida, a tal punto que uno se siente tentado a compararlas con los peores regímenes totalitarios". Se trata entonces de emprender con fuerza esa aventura de atreverse a pensar la vida de una manera diferente, para poder transformarla en todos sus órdenes y hacer de la ciudad un sitio en donde la tolerancia y la igualdad sean los definidores de este nuevo paradigma, aún si ellos deben desaparecer como una vez hicieron los aztecas, tras embardunar sus templos y mercados con pintura e irse a los campos de maíz y de yuca. Para los que puedan pensar que soñamos despiertos, podemos decir con Bosquet que "la utopía no consiste hoy en día, en preconizar el bienestar por el decrecimiento y la subversión del actual modo de vida; la utopía consiste en creer que sólo el crecimiento de la producción puede aún aportar el bienestar y que es materialmente posible".

Referencias

- *Anónimo, EL MITO DEL DESARROLLO. - Kairos. 1974;
- *Anónimo, PROYECTO ECOVILLE. - University of Toronto Canadá;
- *De Venenzi, UTOPIA, CIENCIA Y LA IMAGINACION SOCIOLOGICA. - Cendes-Ateneo. 1983;
- *Lander, E., CIENCIA, UTOPIA Y PROGRESO. - Cendes-Ateneo. 1983;
- *Servier, Jean, LA UTOPIA. - Fondo de Cultura Económica;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 75 Enero-Febrero de 1984, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

⁶Jean Servier: La Utopía , Fondo de Cultura Económica.